



¿Y por qué? Roman García. Oviedo

MARINA, José Antonio.: *Por qué soy cristiano*. Barcelona, Anagrama, 2005, 153pp.

Hace algún tiempo San Anselmo de Aosta formuló el denominado «argumento ontológico», en el que planteó una versión interesada del principio de identidad. En la actualidad parece que se intenta reivindicar este tipo de argumentación, como por ejemplo, en publicaciones como *España no es un mito*, en la que se formula taxativamente que la palabra «España» no es un mito porque “existe” e igualmente, se concluye en *Porque soy cristiano*, que «El cristianismo, como todas las creaciones culturales, no tiene esencia, sino historia», tesis que si la memoria no me falla reformula una de un autor anterior, que si tenía sentido, en este caso, la devalúa y convierte en la tautología de Aosta. ¿Existe algún producto que no sea cultural?. Incluso, a riesgo de ser quemado en la hoguera (¿o no se refiere a ese proceso cultural?), dados los tiempos que corren, si Dios existiese, el mundo ¿no sería una creación cultural?.



El cristianismo, como fenómeno cultural, es una metáfora que de interpretarse como lo hace Marina, como una “creación coral”, deberíamos decir que se trata de un coro en el que cada uno canta por su lado lo que, como es evidente, desafina como definición.

La confusión terminológica que arrastra el concepto de cristianismo, no es una cuestión casual, sino plenamente intencional. En un principio, “cristianismo” es un amplio movimiento que el propio Marina se encarga de desligar de instituciones y procesos, llegando a identificarse con ateos como Russell; pero no muchas páginas más allá (p.12), el cristianismo, establecido como un proceso histórico, se va identificando con el catolicismo y reconociendo simplemente la escisión protestante. Para nada se habla de la iglesia ortodoxa como siempre desconocida para los españoles que se sitúan a favor o en contra del catolicismo español. No deja de parecernos, más vergonzoso si cabe, el intento de ocultar y de presentar como víctima al verdugo, pues citando a Bonhoeffer, teólogo protestante asesinado por los nazis, parece que se olvida el colaboracionismo de la iglesia católica con Hitler, primero con su papel decisivo en la anexión de Austria al Reich, y más tarde con la complicidad del silencio en el exterminio y finalmente con el ocultamiento de los nazis.

Si la libertad es como la define José Antonio Marina: «la posibilidad de liberarnos de lo ya sucedido» (p.13), la tarea de la filosofía, del hombre sería, al



contrario de lo que señala Marina, la tarea indicada por Nietzsche y Sartre: la de liberarse de esas cadenas que nos arrastran al pozo inmundo de la ignorancia.

En alguna ocasión hemos señalado que una forma de manipulación fotográfica es la propia fotografía en la medida que selecciona el recuadro que fija dejando fuera el resto. Elegir un recuadro ejerce la manipulación de no tratar otro. En este sentido, considerar que uno de los problemas fundamentales de nuestra sociedad es la religión es considerar que este es más importante que el hambre en el mundo, la globalización, la guerra, el problema medioambiental o el cambio climático.

Pretender que existe un Jesús no Teológico, es considerar que el Nuevo Testamento es un documento al margen de la teología; es querer ignorar, intencionadamente o no, que los cuatro testamentos son fijados por el Concilio de Nicea. Pretender dar mas credibilidad a Flavio Josefo que a Monty Piton sobre la vida de Jesús, es ignorar que Flavio Josefo (37 a 100) no conoció a Jesús (aprox. 4 a 37) al igual que Monty Piton y que Josefo realice una biografía demuestra un interés específico, a la vez que no cuenta ni con la documentación, ni la metodología para hacer una versión crítica. Por otra parte, la teoría de la doble verdad no es planteada por primera vez con Marina.

El capítulo primero, del libro *Por qué soy cristiano*, está dedicado a realizar un recorrido sobre las distintas interpretaciones sobre Jesús, intentando saber si se puede establecer si es posible hablar de un Jesús histórico. La falta de un método unido a una toma de posición de partida, hace que las distintas teorías aparezcan como una sucesión, unas unidas a otras como si de una riestra de ajos y cebollas se tratara. Es un recurso muy utilizado en la actualidad para superar la falta de método, e incluso para justificar un cierto relativismo que crea una *époje* en el lector y permite la identificación con la tesis del autor.

El problema del tratamiento de la figura de Jesús recuerda ampliamente a la denominada «cuestión socrática» y creemos que se trata en definitiva de la problemática que ya hemos tratado en otra parte (cf. «El personaje y la imagen», Eikasia. Revista de Filosofía nº0). Añadiríamos a lo expuesto sobre el personaje y la imagen en Sócrates que, en la descripción que hace Marina sobre Jesús, existe un problema de alteridad en la medida que el testimonio y la creencia no están referidos a fuentes directas sino que, en todo caso, hacen referencia a la creencia en el testimonio de otro que se presenta como directo. Yo hago un acto de fe sobre el testimonio del evangelio que, en el mejor de los casos, es un testimonio de alguien que lo oyó de otro, cuestión que ya critica ampliamente Platón en la introducción al Banquete.

En el capítulo II, titulado «a vueltas con la experiencia», Marina confunde abiertamente experiencia con vivencia, pero a nuestro entender, es una cuestión más grave si cabe tratar un problema como de experiencia cuando de lo que se trata es del problema de la verdad. Desde la concepción positivista, de la que nuestra sociedad está ampliamente influida, experiencia es sinónimo de verdad. O lo que es lo mismo: no pide una demostración. En algún momento llega a decir: “la ciencia es experimental” (p.43), como si los desarrollos teóricos o una suma de ecuaciones fuesen pura experiencia.



La diferencia de la experiencia de la ciencia (experimento) y de la experiencia religiosa (vivencia) radica fundamentalmente en su repetibilidad, pero también en la sustituibilidad del sujeto que realiza el experimento.

Marina utiliza el alemán para explicar un determinado sentido del término experiencia, justo la que supone la palabra *erfahren*, que significa “viajar por todo el país”. Pero en español, resulta más clarificador distinguir entre el viajero que «pasa por un lugar» de aquel que «el lugar pasa por él». Pero además, Marina termina asimilando la experiencia con la vivencia, a pesar de las referencias a *su maestro Husserl*. El ejemplo es clarificador, dice Marina: que quien no ha estado en Toledo, sube por sus cuestras, siente el sol de justicia en las calles y el frescor de sus patios, incluso si decidiese vivir en ella iría progresando en experiencia frente a una descripción que pudiera hacerle alguien.

Este tipo de interpretación reduce, en definitiva la “experiencia” a vivencias. Está claro que si usted va en un día de lluvia o del mes de enero la experiencia de las calles sofocantes y el frescor de sus patios sería radicalmente diferente. Incluso si se dedica a vivir en la ciudad, o incluso visita sus monumentos, serán vivencias subjetivas que los reducirán en definitiva a “me gusta” o “no me gusta” y a un conocimiento más o menos amplio de nombres de calles y plazas. En cambio, si una persona conocedora de la historia del arte, aún no conociendo la ciudad, seguro que podría apreciar cuestiones que nuestro supuesto emigrante no. Es más, un estudiante de Historia que utilizase métodos audiovisuales seguramente tendría más conocimiento de la ciudad, más experiencia, que muchos de los habitantes nacidos en ella. Así cuando Rilke, visita la ciudad y escribe a un amigo que Toledo no tiene Historia, sino leyenda, se trata de transmitir una vivencia, o si se quiere una experiencia personal con una imagen. Pero no debemos olvidar que lo propiamente experiencial es la imagen y no el sentimiento que se produce en Rilke ante la visión de la ciudad.

Para concluir, después de una amalgama de datos, más bien de opiniones, en el sentido de exposiciones descontextualizadas de citas y teorías sin categorizar, Marina nos expone su intuición que llega a grados insospechados con un epilogo. Este deja de ser una intuición para convertirse en una revelación, no sabemos cómo, pues como él autor señala, no se debe a su fe sino a la fe de Jesús, pues a Marina sólo se le pide la confianza en Jesús. Nos cabe preguntarnos en que basa esa confianza pues no puede ser en una experiencia ya que utilizando el símil de Toledo Antonio Marina se olvida que él no ha conocido a Jesús y las proposiciones que abarcan toda la página ciento cincuenta y uno, dado que ha renunciado al método argumentativo y que si podemos observar en la obra de referencia de Bertrand Russell: *Por que no soy cristiano*, nos lleva a pensar que recibió una llamada de teléfono del mismo Jesucristo para decirle “que la justicia es el desliece de la obra de Dios”. Habría que recordarle a Marina las disquisiciones de Fray Junípero sobre el problema de la justicia divina ejercida contra los inocentes.

Cienfuegos, Cuba diciembre 2005

